

afirmar que aquí se reían de él porque no tenía un bocio o coto como un globo terráqueo.

En aquellos tiempos todo escritor que visitaba a Bogotá se relacionaba inmediatamente con los intelectuales; lo que no acaece hoy, pues son pocas las amistades de los escritores forasteros; cosa que ignoro si será buena o mala, y sólo afirmo que dice poco de nuestra hospitalidad y compañerismo o de la afabilidad de los intelectuales foráneos.

*Fray Candil* se hizo muy amigo de todos los intelectuales de Bogotá, con quienes tenía frecuentes tertulias literarias, ya en su alojamiento, ya en la casa de cualquiera de sus amigos.

Un día hallábanse en el cuarto de *Fray Candil* varios intelectuales, en amena plática, y en el curso de la conversación dijo el crítico cubano:

—Ustedes me excusarán; pero no me gusta el género tan cultivado aquí, y que ustedes llaman «chispazos».

—Por qué?—le preguntó Soto Borda dándose por aludido.

—Porque se les nota a los chispazos cierta falta de flexibilidad, como hechos trabajosamente.

—¿Trabajosamente?—preguntó Julio Defrancisco—. Estos hacen un chispazo como fumarse un «legitimidad».

—Y para probarle eso—agregó Jorge Pombo—, tome usted este periódico, lea la frase que